

¿CUÁNDO EMPEZARON LAS NOVIAS A VESTIRSE DE BLANCO?

POR EL MARQUÉS DE TORREHERMOSA.



El pintor Rouget recogió en lienzo el enlace de Napoleón I con María Luisa de Austria, celebrado en 1810. El traje nupcial de la Emperatriz, lleno de bordados, parece también apropiado para un sarao. La escena está recogida por el pintor con un tono solemne e íntimo.

LA humanidad lleva muy mal sus cuentas. Así es que ignoramos la cronología de muchas invenciones utilísimas, por ejemplo: cuándo rodó la primer carreta; en qué día se encendió el primer hogar; en qué mesa y ante qué comensales se sirvió la primera sopa de fideos. Esta carencia de datos, es lamentable y alcanza acontecimientos que nos son relativamente próximos. Así sucede con la fecha exacta en que las novias empezaron a vestirse de blanco el día de sus bodas, teniendo que apelar, para averiguarlo, a conjeturas y a datos que son tan sólo aproximados.

Las bodas siempre fueron motivo para desplegar gran lujo y boato. Las Princesas, las Delfinas, las Infantas, las Reinas, las Emperatrices, las grandes damas, ostentaron en las ceremonias de sus matrimonios magníficos trajes, mantos suntuosos, velos riquísimos. Durante siglos y siglos, tanto esplendor se manifestó en las estofas tejidas de oro y de plata, en las sedas y en los rasos bordados, en los terciopelos y en los brocateles que aparecían en los trajes luciendo sus colores vivísimos, sobre los que centelleaban los diamantes, los rubíes, las esme-

Court, Pintor de Cámara, es el autor de este bello cuadro. La escena está vista en bello conjunto. La arquitectura de elegantes columnas, la araña de brillante cristal, rodean el ambiente de uniformes resplandecientes y de los delicados trajes femeninos. La novia, la Princesa Luisa de Orleans, contrajo matrimonio con el Rey de Bélgica, Leopoldo I, vestida de elegante traje blanco.

raldas y otras preciosas gemas y caían en fluyentes cascadas los hilos de perlas, realzando todos la figura principal de la boda, la gentil novia que se acercaba al altar de Himeneo. Mas al principio del siglo XIX, esta esplendidez pareció reducirse y las desposadas se empezaron a vestir con mayor modestia, envolviéndose en púdicos trajes blancos, símbolos de pureza y de inocencia. La fecha fija de esta magna mudanza, se ignora. La moda, que es deidad caprichosa y voluble, se olvida a menudo de estas minucias. ¿Cuáles fueron el primer miriñaque, el primer paraguas, el primer polisón?

En el Museo Carnavalet, donde hay de todo, se guardan en vitrina, con otros trajes, dos vestidos de novia. De ellos, sólo uno puede considerarse como el decano de los actuales por su púdica sencillez y su sobria prestancia. Es de los primeros años del pasado siglo. La pintura que se conserva en el Museo de Versalles y que representa la boda de Napoleón I con María

Luisa de Austria, en 1810, nos muestra la figura de la Emperatriz vestida con traje elegantísimo, muy ostentoso, lleno de bordados, pero que lo mismo puede usarse para una boda que para un sarao. Más tarde, bastante lejos de los esplendores napoleónicos, una Corte más sencilla, la de Luis Felipe, Rey Ciudadano, vió a una de las primeras novias, vestidas de blanco, al asistir a las nupcias de la Princesa Luisa de Orleans con Leopoldo I, el flamante Rey de los belgas. Este cuadro, pintado por Court, pintor oficial de la Corte, posee cual el anterior, obra de Rouget, los defectos y las cualidades de los cuadros oficiales: amaneramiento, escasa inspiración, retentiva fotográfica de gentes y de trajes, fidelidad en los detalles que hacen, a la vez, de tales obras, objeto de execración para el crítico de arte y monumentos inapreciables para el investigador curioso.

